



POLEMICA

PALOP JONQUERES O EL PREJUICIO PROGRESISTA

ERNESTO LOPEZ GOMEZ

Cangas (Pontevedra)



Comentar ahora, casi a finales de 1980, un artículo que Pilar Palop Jonquieres publicó en 1978 estará, probablemente, fuera de lugar. Pero ocurre que yo no lo había leído antes y que, de todos modos, me temo que los prejuicios de que Palop hace gala en ese escrito no han desaparecido todavía. El artículo en cuestión lleva el impresionante título de «El sofista y el filósofo. La enseñanza de la filosofía a la luz del *Protágoras* de Platón».

Para resumir de algún modo la tesis de Palop en ese artículo, copio a continuación uno de los primeros párrafos del mismo, que creo la evidencia bastante bien:

«Quienes esperen ver en Sócrates al preclaro y sabio defensor de la sabiduría apolínea, el filósofo consolado y consolador, podrán enseguida comprobar cuán equívoca es esta imagen y hasta qué punto ocurre justamente lo contrario. Porque es precisamente Protágoras, el sofista, quien va a personificar en esta ocasión un concepto *comme il faut* de la sabiduría filosófica; es él quien la concibe y la presenta como un oficio específico, gremial (*académico*, diríamos nosotros), de gran importancia política, orientado a la edificación de las virtudes ciudadanas y, por tanto, perfectamente enseñable y útil. En cambio, Sócrates definiendo aquí la alternativa contraria, según la cual la filosofía sería un saber inespecífico, mundano, primordialmente gnóstico, además de contradictorio, inenseñable e ineficaz» (*El Basilisco*, nº 5, p. 19).

La lectura del *Protágoras* por Palop Jonquieres

La lectura que Palop hace del *Protágoras* es, cuando me-

nos, maravillosa. Donde Platón escribe «Siempre que se delibera *sobre la organización de la república*, se escucha indiferentemente a todo el mundo. Veis al albañil, al aseedor, ..., al pobre, al rico, al noble, al plebeyo, levantarse para dar sus pareceres, y no se llevan mal... Prueba evidente de que todos los atenienses creen que *la política* no puede ser enseñada», Palop lee: «La filosofía no requerirá un conocimiento especial, sino que estaría al alcance de todos los hombres y todos los oficios: arquitectos, herreros, ...».

Matices de traducción aparte (1), ¿cómo se las arregla para leer «filosofía» donde dice «política»? Esto es un *lapsus* que haría las delicias de cualquier aficionado al psicoanálisis, y una vez descubierto ya podemos estar sobre aviso del prejuicio de Palop: para ella la filosofía es política. Y a partir de aquí se explica todo el galimatías en que se enreda con Sócrates, Protágoras, Kant, Marx *et alii*, con tal de llevar el agua a su molino. Dice que hay contradicciones (aparentes) en Sócrates o al menos entre el Sócrates que nos ha presentado la historia de la filosofía y el que ella «descubre» en el *Protágoras*. ¿Y cómo no las iba a

(1) Después de tener escrito el presente artículo, he recibido la cuidada edición bilingüe que *El Basilisco* ha hecho del *Protágoras*. Apenas si he tenido tiempo de contrastar la traducción que yo cito, que es la de Azcárate, con la directa de Velarde Lombráña. Pero por lo que hace a la sustancia de mi crítica a Palop Jonquieres, la traducción de Velarde no la invalida, sino que la confirma aún más. Y no podía ser de otro modo. Dice Protágoras que τὸ μαθημά (que yo práctico) ἐστὶν εὐβουλία περὶ τῶν οἰκειῶν... καὶ περὶ τῶν τῆς πόλεως, y confirma a Sócrates que se refiere a τὴν πολιτικὴν τέχνην. Y cuando Sócrates continúa diciendo que los atenienses escuchan «por igual el consejo de todo aquél que toma la palabra, ya sea carpintero», etc., está hablando περὶ τῶν τῆς πόλεως διοικήσεως, no de la filosofía, a menos que entendamos que la filosofía es eso. Podría ocurrir que la interpretación de Pilar Palop se deba a una defectuosa traducción en la edición francesa que ella maneja. Pero no lo creo probable: ni siquiera a un francés se le ocurriría traducir πολιτικὴ τέχνη por «filosofía».

haber si le atribuye a Sócrates una opinión sobre la filosofía que, *ad litteram*, es sobre la política?. La palabra «filosofía» sólo aparece en el diálogo, que yo recuerde, cuando Sócrates se refiere a los lacedemonios, y no parece usarla muy seriamente, al menos no en el sentido que, generalmente, nosotros aceptaríamos como base de una discusión. Pero en ninguna parte del diálogo afirma Sócrates que la filosofía no pueda ser enseñada; eso lo dice de la política y luego, más en general, de la virtud. Después, avanzado el diálogo, Sócrates viene a decir que en realidad la virtud sí podría enseñarse puesto que depende del conocimiento, es decir, que la virtud es ciencia. Aquí sí podría verse una contradicción, pero no es difícil darse cuenta de lo que pasa: la doctrina de Protágoras no puede enseñarse porque no constituye verdadero conocimiento, cosa que demuestra Sócrates haciéndole incurrir en contradicción, como cuando Protágoras afirma que las virtudes son varias y luego, arrinconado por Sócrates, tiene que reconocer que la virtud es una y lo mismo que la ciencia; ciencia que, por cierto, no posee Protágoras y que, por lo tanto, no está en condiciones de enseñar. En el diálogo se llega a la conclusión de que la virtud, incluida la política, es ciencia; pero la ciencia es susceptible de ser enseñada; por consiguiente, la virtud se puede enseñar. Esto, en efecto, contradice lo que al principio había dicho Sócrates. Pero hay que entender el diálogo. Lo que Sócrates *quería* decir no es que la virtud no pueda ser enseñada, sino que no puede serlo por Protágoras, *porque no es un filósofo*. Dicho en plata: Protágoras se las da de listo, pero Sócrates demuestra que no hay tal; por consiguiente, no tiene nada que enseñar; y de paso muestra que él mismo es más inteligente que Protágoras. Es cierto que ambos tienen el mismo objetivo: lo que hoy en día llamaríamos política; pero hay una simple aunque fundamental diferencia entre ambos, a saber: mientras que Protágoras cree saber lo que no sabe, Sócrates sabe que lo que creen saber los demás es falso. O sea, Protágoras es un sofista y Sócrates un filósofo. Lo cual no es, desde luego, ningún descubrimiento, sino un tópico que saben de memoria hasta los alumnos de bachillerato. Pero parecía conveniente recordarlo, a la vista de lo que Palop sostiene en su artículo: que Sócrates es un filósofo mundano y Protágoras uno académico. A estas alturas, debería estar claro que la verdad es precisamente lo contrario. La única razón que, *prima facie*, podríamos aducir para considerar a Sócrates como un filósofo mundano es el hecho de que siempre estuviera en la calle, discutiendo con la gente, en vez de estar encerrado en una habitación, haciéndose polvo la sesera, entre libretos. Pero no hay que olvidar que esta imagen de Sócrates responde, sobre todo, a un recurso literario de Platón, quien parece que lo utilizó en sus diálogos como elemento dramático y popular, pero es muy probable que no hiciera lo mismo en sus trabajos de filosofía propiamente dicha, que no han llegado hasta nosotros. Tampoco hay que olvidar que lo que aquí estamos atribuyendo a Sócrates es, según todos los indicios, cosa de Platón.

Por otra parte, me da la impresión de que la locución «filósofo mundano» bien podría ser una contradicción en los términos. Es ésa una expresión piadosa que se ha solido emplear para calificar a Ortega, el de la «vanidad palabrera», según Borges. No conozco la historia de esa expresión, pero apostarí a cualquier cosa a que la hemos importado de los franceses, como tantas otras cosas bue-

nas... Por lo demás, que ahora se la apropien o la exploten los que confunden la filosofía con la política no tiene nada de extraño.

Lo que dice Platón

Quizá alguien podría preguntarse todavía: pero, bueno, ¿Sócrates habla de política o de filosofía?. Sócrates habla, de hecho, de virtudes del ciudadano, de política, pero está mostrando que el punto de vista convencional, el de Protágoras, es insuficiente e incluso contradictorio; que se puede considerar el tema científicamente, sin incurrir en contradicciones, filosóficamente. O sea, Sócrates hace también política, pero tiene buen cuidado en distinguir lo que él hace de lo que hace Protágoras y de la opinión vulgar. Cuando Sócrates, al principio del diálogo, dice que la política no puede enseñarse no lo dice completamente convencido. No lo demuestra con argumentos filosóficos, «serios», sino apelando a la opinión común y a anécdotas: «los atenienses creen que la política no puede ser enseñada». A tales argumentos recurre, sin embargo, cuando le interesa mostrar lo insustancial de la sabiduría de Protágoras, haciéndole incurrir en contradicciones. No se trata de que Protágoras y Sócrates tengan puntos de vista opuestos pero situados cualitativamente en el mismo nivel, se trata de mostrar la superioridad cualitativa de Sócrates-Platón frente a Protágoras-vulgo, que es la misma que hay entre la filosofía y la mera opinión.

No se trata de que filosofía y política sean dos cosas completamente separada entre sí, sino de que mientras la política sólo es aceptable si se la comprende filosóficamente, la filosofía no es reducible a la política. Dicho de otra manera: desde el punto de vista de Platón, la proposición «la política es filosofía» sería aceptable, pero no lo sería su conversa, «la filosofía es política», porque la filosofía es más general que la política. Y esto significa, en el contexto de la metafísica platónica, que es más estimable, por ser más verdadera y más real. Hoy en día, cuando el evolucionismo y el socialismo han impuesto unos determinados esquemas en la mayoría de las mentes, puede resultar extraño el pensamiento de Platón, que lo entiende o, mejor, lo comprende todo de arriba abajo. Pero si olvidamos esto, nos arriesgamos a no entender nada de él.

Toda la filosofía de Platón es una lucha intelectual contra la democracia, que aborrecía. Yo no voy a discutir ahora si llevaba razón o no, pero eso es un hecho. Que el pueblo opine una cosa no es, en absoluto, ninguna garantía de la verdad de la cosa, sino quizá un indicio de que esa opinión es un error. Así que querer ver en Sócrates —el protagonista de Platón— a un defensor de la filosofía mundana, democrática, antiacadémica, es un error como la copa de un pino. Y como para muestra vale un botón véase, por ejemplo, el siguiente párrafo del *Gorgias*, que Platón pone en boca de Sócrates:

«No me hables de recoger los votos de los asistentes ... Yo no puedo presentar más que un testigo en favor de lo que digo y es precisamente el mismo con quien conver-

so y no hago caso alguno de la multitud. No recojo más sufragio que el suyo; en cuanto a la muchedumbre, ni siquiera le dirijo la palabra».

Platón era un aristócrata, en todos los sentidos de la palabra. La importancia que daba a las matemáticas —que son un saber, quieras que no, ajeno a la multitud, muy poco democrático, nada mundano— es una buena prueba de esto, en lo intelectual; en política, doy por supuestas sus numerosas y explícitas concepciones antidemocráticas. El estilo de Platón, en los diálogos, suele tener una estructura matemática y una de las formas argumentales que utiliza con más frecuencia es la que opera por reducción al absurdo, que hay que suponer se descubrió y se manejaba con éxito en la matemática de la época. Mitos y recursos literarios aparte, Platón se esfuerza siempre por usar un lenguaje estrictamente lógico, que no es el propio precisamente de un estilo mundano; a éste le cuadran mejor los recursos retóricos del lenguaje, que Platón no desecha por completo, pero que no constituyen el «fuerte» de su filosofía, por mucho que algunos sólo recuerden o sólo conozcan su dichosos «mitos».

Otras interpretaciones

Pilar Palop intenta apoyar su particular versión de Platón nada menos que en Kant y en Marx. De Marx nos recuerda su famosa 11ª tesis sobre Feuerbach; de Kant, un párrafo que interpreta mal. Ese texto es el siguiente:

«No voy a enaltecer aquí los méritos contraídos por la filosofía ante la razón humana gracias a los laboriosos esfuerzos de su crítica, suponiendo que se encontrara que el resultado es meramente negativo ... Pero ¿por ventura exigís entonces que un conocimiento que afecta a todos los hombres rebase el entendimiento común y solamente pueda seros descubierto por filósofos?» (CRPura, *Metodología trascendental*, sec. 2ª, *in fine*).

Ese texto pierde parte de su sentido, fuera de contexto. Pero creo que Kant viene a decir que la filosofía no nos descubre cosas que no supiéramos ya por el sentido común. Y desde aquí concluye Palop, sin más ni más, la mundaneidad —y me temo que la politicidad— de la filosofía de Kant. Pero, acto seguido, cae en la cuenta de que si Kant es mundano, habría que inventar una categoría nueva para Lola Flores. O sea, que no, que Kant es académico, pero que mucho. Total: contradicción al canto. Pero ello no es inconveniente alguno, las contradicciones están de moda. ¿Que encontramos una contradicción? Pues, nada, la «superamos» y ya está. Y encima queda la mar de fino. No recuerdo, ni me importa, cómo la superaba Palop Jonqueres. Lo que sé es esto: de contradicción nada. Kant no es un filósofo mundano, y en realidad ningún filósofo lo puede ser, como no puede serlo ningún físico. Lo que dice Kant en ese texto es que *los resultados* que ofrece la filosofía no contradicen al sentido común e incluso que pueden coincidir con él. Pero en filosofía, como en ciencia, lo que menos importa es el resultado. Se trata del desarrollo, de la mediación que hay que sufrir para llegar a un concepto plerótico, para decirlo en el es-

tilo de Hegel. Un físico no cree que una mesa no sea una mesa, pero el concepto que tiene de mesa comprende unas determinaciones mucho más ricas que las del sentido común. Pero el resultado, la mesa, sigue siendo el mismo para la ciencia que para el sentido común.

Vamos ahora con Marx. Lamento tener que decir que voy a ir en contra de todos los marxistas (dogmáticos). Lo que Marx dice *exactamente* (me atengo a la traducción de Tierno) en la 11ª tesis sobre Feuerbach es lo siguiente: «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo». Esta proposición ha sido interpretada unánimemente como si Marx hubiera dicho que *la misión de la filosofía fuera la de transformar el mundo*. Pero lo cierto es que Marx no dice eso. Lo que dice es lo que dice: que la filosofía intenta interpretar el mundo, pero que lo que hay que hacer es transformarlo. En ningún sitio dice que sea a la filosofía a quien corresponda esa misión. Ciertamente, es fácil que dé esa impresión, por el contexto en que está la 11ª tesis con respecto a las otras diez, pero lo cierto es que no lo dice. No tengo ningún interés por intentar hacer una exégesis fiel de Marx. No descarto que Marx tuviera *in mente* algo de esa idea a propósito de la función de la filosofía, que le atribuyen tanto sus discípulos como sus oponentes. Y en esto, la verdad, llevan ventaja estos últimos, porque se necesita ser muy ingenuo para atribuir a la filosofía semejante papel. Yo creo, más bien, que esa frase de Marx lo que contiene es una crítica, un rechazo en bloque de la filosofía. Lo que quería decir es que ya está bien de filosofía, que lo que hay que hacer es ... No entro ahora en la cuestión de si Marx era o no un filósofo. Lo que digo es que a la hora de escribir la 11ª tesis sobre Feuerbach la actitud de Marx hacia la filosofía era más bien negativa. Su intención no era en ese momento la de sustituir la filosofía académica por otra mundana, sino la de prescindir de la filosofía, sin más.

Conclusión

Hay que lamentar que los prejuicios ideológicos distorsionen la lectura de los clásicos, como ocurre evidentemente en el caso que comentamos. Los clásicos son los clásicos y Platón es mucho Platón. Leerlos a la luz de Marx es una aberración que él mismo hubiera rechazado. Más razonable sería leer a Marx desde Platón que no al revés, aunque ninguna de las dos empresas parece, en realidad, muy prometedora. Platón al menos lleva bastante más tiempo en los primeros puestos del *hit parade* filosófico, y esa permanencia en la historia, esa universalidad, es precisamente lo que lo define como clásico. Los clásicos son susceptibles de multitud de lecturas, de interpretaciones, y una de ellas podría ser la marxista. Pero a menos que hagamos caso omiso de la historia podemos tener la seguridad de que el clásico desbordará con mucho cualquiera de ellas.

El marxismo será todo lo que usted quiera, pero utilizarlo para distorsionar la historia de la filosofía sería vergonzoso, al menos para Marx.